

te ¿Comprendes ahora por qué no he pellizado a la camarera? Una honestidad cimentada en el buen gusto, en la estética y en la higiene. Es decir, una cómoda y deliciosa honestidad.

No quiero alargar estas líneas. Son las ocho de la mañana, estoy vestido, me he lavado, voy á desayunar. Además, fatigado de escribir con una tinta densa como gelatina y una pluma rota, usada, imposible. Pero en la fonda no tienen otra pluma, ni otra tinta.

El reloj.

Palpita el reloj, armónico. El reloj es el corazón del tiempo. Lo mismo el reloj que el corazón miden; aquél el tiempo, y éste la vida. El corazón y el reloj son dos cosas exclusivamente humanas. Dios no necesita lo uno ni lo otro, porque está por encima de la vida y del tiempo.

Consejo a un padre de familia provinciano.

Con el dinero que vas a dar a tu hijo para hacerle dueño de un título académico—matrículas, libros, estancia en la corte, caprichos de escolar mimado, etc., etc.—constitúyete un capital cuya renta el día de mañana supere o iguale, por lo menos, al sueldo del empleo del Estado que es, hoy, el ideal de tantos jóvenes abogados. Evitarás que se pervierta y degeneren en Madrid—esta Universidad corruptora, vecina a cien prostíbulos y cien chirlatas, en cuyas aulas se juega al ajedrez y se charla de política y de golfas—conseguirás que se críe sano, recio, sencillo, a tu lado, bajo ese cielo noble y paternal de tu ciudad o de tu pueblo, sin las atracciones nocivas del vicio que extienden sus redes en Madrid. No se hará físico, sífilítico, ni canalla. Podrá ser—mañana—un buen padre de familia como tú. Y.... no necesitará recurrir a un empleo, ni necesitará.... trabsjar. La renta de ese capital que ibas a gastar en darle la carrera equivaldrá, acaso sea mayor, que el sueldo de su destino.

El placer de comer.

En la gran ciudad se come de prisa. Es que se sale de la oficina y el encuentro de un amigo, el momento del vermú o la simple detención del tranvía, ante el obstáculo de un carro volcado o de una muta caída, nos hacen llegar tarde a casa, y hay que volver a salir pronto a la oficina que nos espera otra vez, o al café, cuya tertulia nos reclama. El caso es que manducamos con rapidez insana. Un plato, otro plato, otro—o menos o más, según cada bolsillo y cada costumbre—y con el pos-

tre casi en la boca aún, nos lanzamos escaleras abajo. Nuestra esposa está habituada a nuestras paradas relámpago junto a ella y no se extraña. Nosotro no debieramos extrañarnos, tampoco, de que nos duela el estómago, ni de que padezcamos, a la larga o a la corta, graves enfermedades de él. De todo esto es culpable esa enfermedad ética de la vida ciudadana que se llama tener prisa.

En Avila—o Segovia o Salamanca o Toledo, en estas capitales de provincia—se va al comedor de la fonda con previo placer y absoluta tranquilidad. Nos sentamos cómodamente en nuestra silla, ante la mesa. Prendemos al chaleco o a la americana la servilleta, o la colocamos sobre las rodillas. Saboreamos hasta el agua clara y fresca. Limpiamos nuestros vasos, nuestros cubiertos, nuestros platos con la servilleta y—sin querer ni notarlo—nos servimos las viandas con una cierta ceremonia, escogiendo las porciones más atractivas, mejores, sin velocidad, sin prisa.

En estos comedores de fonda de provincia, más que en los grandes hoteles y en los caros y elegantes banquetes, se goza el santo y saludable placer de comer.

La pereza de las horas.

Estas horas de provincia tienen una gran pereza. No corren, no vuelan, como las horas de Madrid. Desfilan lentamente, con una lentitud inaguantable. Y uno se aburre un poco porque el tiempo sobra. Se duerme, se come—¡oh, las largas comidas de la fonda!, de plato a plato podría leerse el Quijote!—se pasea, se entra a las iglesias, a los cafés, a las reboticas, a las tiendas, se lee, se escribe y aún queda tiempo. Hoy, por ejemplo, hemos almorzado con calma una inacabable serie de platos, coronada de otra serie, no menor, de postres. Después hemos tomado café en uno de la plaza del Alcazar. Hemos leído el *A B C*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Universo* y *El Diario de Avila*. Hemos visitado detenidamente el interior de la Catedral y el claustro. Nos hemos sentados en un sillón de mimbre á las puertas del hotel y allí hemos leído, integra, una obra de Santa Teresa. Aún hemos dedicado un rato a departir con algunos conocidos y.... son, todavía, las cinco de la tarde. Es tremenda la pereza de estas horas de provincia, en que dura demasiado el tiempo, este tiempo que en Madrid no nos basta y querríamos que aumentara.

La paz ambiente hace perezosas a las horas que andan a paso de tortuga, despacio, muy despacio.... (Avila).

ALBERTO DE SEGOVIA

